

*El aventurero es el héroe que se enfrenta
al orden de la autoridad y propone nuevas
posibilidades de vida.*

CARLOS MUÑOZ GUTIÉRREZ

*El mar ha sido para mí un espacio
santo, gracias a los libros de viajes
y de descubrimientos.*

JOSEPH CONRAD

*El temor y la inseguridad, sin excluir
el valor, serán condimento fundamental
del viaje oceánico renacentista.*

ISABEL SOLER

*La aventura es la manera que tienen las
naturalezas poco artísticas de participar,
en alguna medida, de la belleza.*

VLADIMIR JANKÉLÉVITCH

*Esos hombres —los exploradores polares—
habían enfrentado un duro combate
contra una naturaleza inmisericorde,
dispuesta a hacer pagar con la vida
la más mínima equivocación.*

JAVIER CACHO

*La aventura en su sentido más desnudo
requería únicamente un punto de fuga,
resultado de la fricción entre un estado
presente y una imagen futura.*

RAFAEL ARGULLOL

*La aventura induce una intensidad
inconmensurable en la vida cotidiana.*

DAVID LE BRETON

*Irrumpió una nueva aventura,
ligada al movimiento y a un espacio
impensable [...]: el espacio público.*

*La mujer podía transitar
por primera vez por él.*

PATRICIA ALMARCEGUI

*El viaje escenificaba como ninguna otra
actividad la aventura del conocimiento.*

JUAN PIMENTEL

*Nací con un alma deseosa de aventura
y no he aceptado casi nunca disfrazarla
de otra cosa.*

JAVIER REVERTE

*Héroe sin causa, preparado para
arriesgarse a la tortura, solo por la idea
que tiene de sí mismo, y quizá
por una especie de apropiación
fulgurante de su destino.*

SYLVAIN VENAYRE

*El aventurero se enfrenta
a lo que está escrito, al destino,
de la única forma válida:
escribiéndolo de nuevo.*

FERNANDO SAVATER

*Aunque la aventura parece basarse
en una diversidad en el seno de la vida,
la vida en su conjunto puede ser percibida
también como una aventura.*

GEORG SIMMEL

Título de esta edición:

La aventura. Justo una idea

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones:
diciembre de 2016

© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© de la edición y prólogo: Pilar Rubio Remiro

© de los textos, sus autores respectivos: Carlos Muñoz Gutiérrez,
Isabel Soler, Javier Cacho, Rafael Argullol, David Le Breton,
Patricia Almarcegui, Juan Pimentel, Javier Reverte, Sylvain
Venayre, Fernando Savater

© de «L'aventure», Vladimir Jankélévitch: Aubier (département
des Editions Flammarion), París, 1963

© de las traducciones: *La geografía y algunos exploradores*,
Jaime-Axel Ruiz Baudrihaye; *Sobre la aventura y La aventura*,
Gustau Muñoz Veiga; *Para una antropología de la aventura*, Pilar
Rubio Remiro; *La belle époque de la aventura*, Meritxell-Anfitrite
Álvarez Mongay

© de la maquetación y el diseño gráfico:

Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá

© de ilustración de cubierta: Fernando González Sitges

Depósito Legal: M-34495-2016

ISBN: 978-84-15958-55-0 | IBIC: HP; WTL

Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción,
distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo
excepción prevista por la ley.

LA AVENTURA

— *justo una idea* —

CARLOS MUÑOZ GUTIÉRREZ

JOSEPH CONRAD § ISABEL SOLER § VLADIMIR JANKÉLÉVITCH

JAVIER CACHO § PATRICIA ALMARCEGUI § RAFAEL ARGULLOL

DAVID LE BRETON § JUAN PIMENTEL § JAVIER REVERTE

SYLVAIN VENAYRE § FERNANDO SAVATER

GEORG SIMMEL

EDICIÓN DE:

— *Pilar Rubio Remiro* —

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ÍNDICE

— 15 —

La aventura es vida.

Una introducción

PILAR RUBIO REMIRO

— 25 —

Justo una idea:

La aventura de pensar

CARLOS MUÑOZ GUTIÉRREZ

— 45 —

La geografía

y algunas exploradores

JOSEPH CONRAD

— 61 —

Venturas en los cabos

de la “carreira de índias”

ISABEL SOLER

— 77 —

La aventura

VLADIMIR JANKÉLÉVITCH

— 115 —

La aventura blanca

JAVIER CACHO

— 125 —

El deseo de geografía

RAFAEL ARGULLOL

— 129 —

*Para una antropología
de la aventura*

DAVID LE BRETON

— 199 —

*Inscribir los movimientos
del corazón en la faz de la tierra*

PATRICIA ALMARCEGUI

— 207 —

*El Siglo de las Luces
y la aventura del conocimiento*

JUAN PIMENTEL

— 215 —

La aventura de viajar.
Olores, visiones, sabores y canciones

JAVIER REVERTE

— 237 —

La Belle Époque
de la aventura

SYLVAIN VENAYRE

— 265 —

Leer, leer y leer

FERNANDO SAVATER

— 269 —

Para una psicología filosófica.

La aventura

GEORGE SIMMEL

— 289 —

AUTORÍA

— 295 —

PROCEDENCIA
DE LOS TEXTOS

*Inveniam viam
aut faciam*

Encontraré un camino
o lo haré

SÉNECA

La aventura es vida. Una introducción

PILAR RUBIO REMIRO

Si existe una palabra capaz de transmitir el hechizo de una vida plenamente vivida es, sin duda, la aventura. Pero empecemos por el principio, porque en su etimología aventura procede del latín *ad-venire-urus*, «las cosas que han de llegar», así la aventura adviene, es destino, es «lo que sucede», es aquello imprevisible que rompe el proyecto humano, que desata lo atado y por ello nos reta a hombres y mujeres a encararnos a ella o guarecernos; a aceptar el desafío de lo que acontece y crecer abriendo posibilidades vitales, o lo contrario, negar el cambio, lo que parece protegernos de sus funestos augurios construyendo defensas a menudo inexpugnables. Existe la buenaventura, esa aceptación gozosa de la posibilidad que llega y existe la malaventura, porque el azar así lo quiere y ninguna voluntad escapa al peligro cierto de su desafío último que es la muerte. Así pues tomemos una primera definición que nos brinda Fernando Savater: «¿Qué es la aventura? Es el salto hacia la plenitud: la aventura es el tiempo lleno. El afán y el encanto de la aventura provienen de la convicción, quizá supersticiosa, de que no estamos hechos para ver pasar el tiempo, para ver cómo nuestra energía se desangra y gotea en el vacío —calculable, incalculable— del tiempo».

La palabra aventura es hoy, en nuestras predecibles y seguras vidas, una voz reverenciada que, aun desprovista de su capacidad terrorífica o dramática, invoca un deseo de libertad y experimentación controlada muy propia de nuestro afinado individualismo y de una exacerbada fe en la capacidad de transformación de ese sentimiento de insatisfacción permanente que acaba en los estantes imaginarios de un supermercado que nos vende una variedad sin fin de sensaciones, experiencias, o emociones inocuas, por controladas y predecibles, pero excitantes siempre. Aunque es inherente a cualquier época nuestra cultura la sigue idolatrando porque es, sobre todo, un anhelo de libertad, de mutación sin fin.

Y por encima de todo la aventura es un imaginario, una idea vinculada a un deseo que dirige los pasos a un horizonte incierto pero en el que habita la posibilidad. Justo una idea, justo «dar un sentido a lo que pasa —explica Carlos Muñoz Gutiérrez— [...] pues la aventura, donde quiera que se actualice, quienquiera que la efectúe, es siempre encontrar un sentido a esa particular disposición del estado de cosas de donde emerge el acontecimiento». Por ello antes que acción es la ideación de las circunstancias de un nuevo hecho que nos acontece, al que damos forma con el pensamiento y resolvemos sus desafíos mediante un quehacer posterior. Algunos de los textos de este volumen, como los ya clásicos de los filósofos Georg Simmel y Vladimir Jankélévitch, junto al de Carlos Muñoz Gutiérrez o Fernando Savater nos ofrecen una visión desde el pensamiento y la categorización de un concepto que se expande a otras disciplinas. Para Simmel, el filósofo es el gran aventurero del espíritu: «Emprende la tentativa carente de perspectivas, aunque no por ello de sentido, de conformar conocimiento conceptual a partir de la conducta vital del alma, de su disposición hacia sí misma» y para Muñoz Gutiérrez, «la aventura del pensar es encontrar justo una idea en la multiplicidad de acontecimientos que cada día ocurren en-

tre diversidades variables, a través de fuerzas contrarias, de intereses encontrados».

Como metáfora espacial, decimos que la aventura sobreviene en un horizonte que es siempre una línea imaginaria que representa el allá, el afuera, un lugar siempre distinto al espacio cotidiano. Requiere de un territorio mental que se proyecta sobre el geográfico, por ello la traslación figurada por ese espacio traza una cartografía sobre la que circula el deseo. En palabras de Rafael Argullol: «La aventura en su sentido más desnudo requería únicamente un punto de fuga, resultado de la fricción entre un estado presente y una imagen futura, y una línea de horizonte, tras la cual se ocultara una promesa de otredad». Por eso afirmamos que la aventura tiene una dimensión espacial. Desde el tiempo en el que acompañó el desplazamiento humano, desde la caverna al horizonte, y dio sus primeros pasos en un allá desconocido, no ha dejado de hollar nuevos territorios que han ensanchado la comprensión del mundo como lo ajeno y opuesto al micromundo conocido. En palabras de Vladimir Jankélévitch: «La aventura es extravital, extraterritorial, extraordinaria, es decir, fuera del orden (extra ordinem), excepcional y literalmente excéntrica. Todo lo que empieza por *extra* o por *ex* se le aplica». Por ello lo que está fuera, lo que pertenece a lo otro, lo que aún no tiene forma, ni es conocido porque es extemporáneo, es un «exclave», precisa Georg Simmel, otra realidad espacial que escapa al enclave donde transcurre la normalidad, el hábito.

Con todo, más allá de lo que conforma la materia de la aventura, nuestra fascinación dibuja una figura sobre la que proyectamos una necesidad de modelo, una figura de autoridad a la que imitar, alguien capaz de medirse de tú a tú con el sino que mueve los hilos de las marionetas que somos y esta figura, héroe a escala humana, es el aventurero, retrato descaradamente masculino que atraviesa la historia de nuestra cultura y que nos ofrece un patrón posible. Aventurero es quien se *ad-ventura* desafiando a la suerte y

corriendo peligros; aceptando la incomodidad y la inseguridad, pues desecha la seguridad, lo dado; coquetea con el destino, se mide con el azar; confía en extraer de sí los recursos para transformar su futuro. Se alimenta de pasión, enaltecimiento, vitalidad. Opone el movimiento a la quietud, el desorden al orden, la novedad a la rutina de lo conocido. Es la celebración de la magia y el sueño. La apoteosis de una forma de vivir en la exaltación y la certeza del tiempo pleno, vivido con avaricia y deleite. Es excepción y originalidad, lo opuesto a la banalidad. Se le admira y se le teme porque se confronta a la muerte y no porque la busca deliberadamente, sino porque asume su posibilidad y se reta con ella. El aventurero es la estrella que más brilla en este firmamento de anodinas identidades. «Es un héroe —explica Muñoz Gutiérrez—. En toda mitología un héroe es alguien a quien su nobleza, su virtud, su areté decían los griegos, le obliga a enfrentarse a un destino que le supera, la autoridad. Sabe que su empresa no tendrá un final feliz, porque un simple hombre, aunque sea un semidios, no podrá con el fatum inmisericorde que los hados poderosos han ordenado. Sin embargo emprende la lucha». Sin embargo, significa aquí más que nunca, a pesar de todo.

Aquí van algunas claves que explican esta seductora figura en nuestro imaginario, porque evidencian un modelo por el que trascender la condición humana imitando lo heroico, esa lucha desigual contra el azar y lo intempestivo en el que poner a prueba los resortes de un épica individual capaz de retar al destino, desarmar su previsibilidad y rendir culto a la imaginación transformadora. Y para colmo es un jugador. Si la aventura es una circunstancia que desordena el presente, un quiebro en la línea recta de nuestro devenir, una interrupción a la que nos enfrentamos con atributos osados o ciertamente cobardes, con decisión o vacilación, esperanza o desaliento, confianza o aprensión, este apostador propicia el éxito o el fracaso de una batalla contra lo incierto en la que la ganancia supone redoblar vida y la pérdida,

disolución y muerte. ¿Qué busca siempre este personaje?: «Jugar en todos los tableros, multiplicar la existencia», nos dice David Le Breton. Como apunta Georg Simmel: «Esto evoca el parentesco del aventurero con el jugador. El jugador se entrega, ciertamente, a la falta de sentido del azar; solo en la medida en que cuenta con su favor, en la medida en que considera posible y se representa una vida condicionada por este azar, el azar se le aparece inserto en un contexto dotado, sin embargo, de sentido». Así pues es un personaje conectado con su propio poder hacedor, pues cree en su buena estrella, como nos recuerda David Le Breton; cree en un extraño poder capaz de desactivar el caos de lo imprevisible y reducirlo en su favor, pero a veces no es sino el afinamiento intuitivo de reconocer una situación favorable entre mil y atraparla al vuelo.

Y la aventura, tal como se explicita, tal como nos llega en su relato, es otra apropiación de sus posibilidades vitales restringidas en cuanto a género. No hay que recurrir al diccionario para constatar una realidad: aventurero es quien vive aventuras; aventurera es una mujer de moral incierta. Y se atribuye a un escritor famoso esta frase: «Los hombres tienen los viajes; las mujeres los amantes» que evidencia hasta qué punto el viaje, o el simple movimiento, ha sido, hasta tiempos bien recientes, un fortín inexpugnable de la masculinidad. El mundo como espacio exterior es varonil, es acción, independencia, afirmación de sí; el espacio interior es femenino, pasivo, dependiente, contingente, en él solo puede darse la aventura emocional. El varón sale, se mueve, explora, anda lejos; la mujer se ha desenvuelto hasta ahora en un imago mundi circunscrito al encierro, al asfixiante interior que solo la literatura ha podido explicitar evocando una persistente fantasía de espacios abiertos a los que se oponen imágenes recurrentes de angustia y encierro. Como apunta Patricia Almarcegui hora es de «que a nadie sorprenda que la mujer viaje sola, que no tema ser vejada ni ultrajada, que pueda ir a los mismos lugares que los hombres,

que no tenga que dar explicaciones de su vida personal, que no tenga que justificar por qué viaja. En definitiva, que el viaje deje ya de ser un a-venturarse para la mujer y que se relacione para siempre con él». Aún hoy la que se adentra en ese afuera se confronta a una experiencia múltiple: la del deambular en un espacio prohibido a su condición (el mundo), la de adecuar un espacio interior que posibilite la transgresión de salir al exterior (la ruptura con el orden normativo patriarcal), la confrontación a una realidad cultural especular que es la de la subordinación cultural de las mujeres en el mundo. Tanto Jankélévitch («Para la mujer la aventura es un acontecimiento fisiológico que afecta directamente al cuerpo y concierne al ser femenino en su totalidad, y luego, progresivamente, al porvenir biológico de la especie») como Simmel («La actividad de la mujer en las novelas amorosas aparece ya entreverada de la pasividad que le ha conferido a su carácter la naturaleza o la historia») dan por hecho que la aventura es un imaginario netamente masculino sin adentrarse en las causas que subordinan a las mujeres, en todo tiempo y circunstancias, a su papel periférico, (acompañantes, enfermeras, musas, o bien personajes descentrados, extravagantes y alocados), y para ambos la aventura femenil es, sencillamente, una posibilidad contra natura. Por eso urge articular una figura de la heroína que transita el mundo para evidenciarse como sujeto que elige y controla la aventura de su propio destino y la libertad de movimientos necesaria.

La vida toda es aventura, lo sabemos, personifica la capacidad individual de crear un nuevo orden y es también mito sobre el que la antropología cultural ordena su propia historia. David Le Breton nos ofrece este viaje por el tiempo que toma en la figura de Ulises la incertidumbre del camino que es el propio decurso vital. En nuestra cultura occidental la aventura prodiga una lectura de la historia simbolizada en la imagen del explorador y el viajero a lo largo de todos los tiempos. Una figura crucial, a la que nos

acerca la especialista en la cultura marítima portuguesa del Renacimiento, Isabel Soler, es la del navegante en la época dorada de las grandes gestas transoceánicas que sortean los peligros geográficos por el afán de saber que hay tras ellos: «El que se aventura por el océano, el que se adentra por propia voluntad en el espacio del peligro, el hombre de los Cabos, el nuevo héroe de la desgracia del mar, con su forma nueva de experimentar el temor y la muerte, el que se sabe en el núcleo de ese sentimiento crecientemente abstracto de inseguridad se aleja definitivamente de la armónica medida renacentista para explicar el mundo, y explicarse a sí mismo, desde unos parámetros ya plenamente barrocos contruidos desde la falta de serenidad. El naufrago, el hombre de los Cabos, pertenece ya a un mundo cambiante e inestable en el que no puede ser por más tiempo un mero espectador o un organizador privilegiado de ese mundo». El viaje traza en esta época una caligrafía humanística que transforma nuestra mirada sobre el mundo y nos obliga a repensar lo conocido. Una época que se funde después en la aventura de la objetividad y el conocimiento cierto que solo puede ser aprehendido en la experiencia directa, en el lugar, en el escenario donde ocurre todo, pero especialmente en la página en blanco de la naturaleza. El naturalista ilustrado se sumerge en los reinos perdidos de la creación, abre una Edad Dorada con el despliegue exploratorio que precede al colonialismo y «el viaje —según Juan Pimentel— escenificaba, como ninguna otra actividad, la aventura del conocimiento, una empresa necesitada de hechos o gestas físicas capaces de transmitir su profundo significado». El aventurero ilustrado es una figura de acción que se mueve por el mundo para recabar un orden real, pero también se aventura en el interior pues —como nos dice Pimentel—, «un acontecimiento extraordinario es precisamente lo que tiene lugar también en un laboratorio: un hecho insólito, imprevisto, un fenómeno que altera el curso habitual de la naturaleza o desdice lo que las leyes anunciaban, lo que es-

taba escrito o preescrito. Aquello que tenía que suceder, no sucede. Y aquello que era impensable, sucede. Eso es ciencia. Eso es también aventura».

El viajero se diluye después en la aventura no ya para conocer, sino para experimentar. Si la anterior era una tarea colectiva, la del viajero romántico recalca en la individualidad de la experiencia y precede, como decíamos más arriba, a la figura del agente vinculado a la misión de colonización o de mera apropiación. Destaca la figura del explorador polar como héroe de los hielos, un personaje que no puede sobrevivir por sí mismo, sino en el refugio y la alianza del grupo y cuya suerte, como nos muestra Javier Cacho, está vinculada colectivamente a uno de los capítulos en los que el azar y la ferocidad de la naturaleza dibujaron una epopeya polar que aún nos conmueve.

Con Sylvain Venayre revisitamos lo que esta figura en general ha aportado a la literatura y que confluye en un periodo de brillante despliegue, la Belle Époque: «El libro y el personaje nacen de una meditación sobre aquello que el hombre puede hacer contra la muerte. De ahí este tipo de héroe sin causa, preparado para arriesgarse a la tortura solo por la idea que tiene de sí mismo, y quizá por una especie de apropiación fulgurante de su destino». Un periodo en el que se populariza la novela de aventuras, con las que se educarán, extasiados, los niños y jóvenes de las siguientes generaciones en una cadena sin fin que nutre el anhelo de subvertir lo dado, o de aceptar lo que adviene, por el placer de transmutar una realidad que no se ajusta a un deseo de plenitud. Y en nuestro tiempo se abre paso la figura baudeleriana del flâneur. Si hasta entonces el viaje era privilegio de unos pocos, ahora este paseante impertinente deambula por las culturas del mundo porque sí, por curiosidad, por aburrimiento, o por medirse a sí mismo; también por coleccionar o sacudir la rutina, que es propósito de esa figura atrabiliaria del turista en la que nos reconocemos todos. Viajar en nuestro tiempo es jugar a la aventura, pero ob-

viendo el dramatismo de su zarpazo *inconveniente*, pues todo está convenientemente calculado para evitar el riesgo, relegando la aventura a la propia vida, y a su inventario sin fin de discordancias azarosas.

Y, finalmente, la aventura es arte refinado. Se gesta en la niñez. Es consecuencia desatada de la imaginación y de la creencia en la magia de lo posible, o de la posibilidad sin cortapisas. David Le Breton nos dice que se trata de «uno de los nombres modernos de la nostalgia», la que siempre vuelve a los sueños de grandeza en la niñez, en esa edad fértil de escapatoria sin compromiso en la que se da una imaginación aún no constreñida por la responsabilidad de existir. «Por mi parte —nos cuenta Javier Reverte—, nunca he dejado que se desvanezca el niño que fui y lo trato de mantener contra viento y marea. Lo que quiero decir es que nací con un alma deseosa de aventura y no he aceptado casi nunca disfrazarla de otra cosa». La infancia es una etapa en la que la figura del aventurero labra una elección posterior, un diseño de quién se quiere ser en el futuro y para hacerlo no hay mejor modelo que quién supo afrontar la vida de un modo nada convencional. Las lecturas y los mapas llevan a Conrad a una existencia aleatoria llena de acción y de bien pertrechados personajes provenientes de las gestas y lecturas de juventud: «Uno de los aspectos interesantes del estudio de los descubrimientos geográficos, y no el menor, es escudriñar las personalidades de esa clase especial de hombres que dedicaron la mejor parte de sus vidas a la exploración de tierras y mares». Siempre reconocerá esa deuda para con los hacedores de su imaginación literaria pues eran «ellos» el objeto de inspiración y «no los personajes de ficción». El aventurero de carne y hueso es artista de sí mismo y crea otra realidad alternativa que a su vez abre nuevas posibilidades para otros. Es relato cuando toma voz y reconstruye una realidad o la recrea en la ficción. Es género narrativo (cine, literatura). Genera una nueva mirada sobre el mundo y crea formas impensables de representación. La

aventura, como arte vital, trasciende al aventurero y se hace inmortal que es aquello a lo que siempre aspira la obra artística. Nada mejor que esta hermosa cita extraída del texto de Jankélévitch para corroborarlo: «La aventura es la manera que tienen las naturalezas poco artísticas de participar, en alguna medida, de la belleza; en muchas vidas de no artistas la aventura es el único medio de tener una existencia estética y de mantener una relación desinteresada con lo ideal; la época de la aventura es la única en la que los hombres más sórdidos, así como también aquellos que no son capaces de ser ni pintores, ni músicos, ni poetas tendrán la fuerza y la posibilidad de vivir el mundo de los valores y de hacer cosas que no sirven para nada».

Por eso la aventura es la propia vida. Ayuda a enfrentarnos con nuestra personalidad caleidoscópica, con todos esos yoés que relegamos a los suburbios de nuestra identidad, pero que de vez en cuando se rebelan y toman el mando de nuestras vidas. Reclaman una oportunidad, a veces efímera, sí, pero que resucitan al señuelo del deseo de todos esos instantes que podríamos vivir en nuestra periferia existencial y que acallamos, atados como estamos a nuestro yo dominante que nos acapara, nos tiraniza, ridiculiza y menosprecia toda posibilidad de experimentarnos en la otredad pues *yo*, podría ser también *otro*, otra y debo saberlo. De los sótanos oscuros de la previsibilidad hay que rescatar siempre la aventura como la posibilidad de trascender la condición humana imitando lo osado, porque la aventura reivindica la posibilidad de lo nuevo y distinto en detrimento de lo conocido e inamovible. Un camino oculto por la maleza tiene un don: la obligación de buscar otro, o fabricarlo, que diría Séneca (*Inveniam viam aut faciam*). Recordemos con Jankélévitch: «La aventura da pie y realidad a oasis de fervor y de intensidad. Reaviva el elemento picante, exalta la ruptura y el delicioso desbarajuste de la existencia». A su práctica van destinadas estas páginas.

Justo una idea: La aventura de pensar

CARLOS MUÑOZ GUTIÉRREZ

«**L**a aventura es la aventura», con esta tautología metafórica o con esta metáfora tautológica parece que es la única manera en la que podemos conceptualizar la aventura. Es como si el propio término contuviera ya los rasgos y características de aquello que expresa, porque la mera mención de la palabra levanta un sin fin de connotaciones y evocaciones. Si preguntáramos a los aventureros qué es para ellos la aventura, darían esa tópica respuesta que uno encuentra (sobre todo si ejerce de aprendiz de Sócrates), cuando interroga sobre conceptos que no remiten a cosas o entidades, sino más bien a acontecimientos: «Es relativo, para cada uno es una cosa». Y si afilásemos el estilete de la interrogación e insistiéramos irónicamente con: «Vale, ¿pero qué es, entonces, para ti la aventura?». Seguramente encontraríamos dudas y vacilaciones, nuestro aventurero se tomaría un tiempo para reflexionar y, muy probablemente, nos soltaría la tautología: «La aventura es la aventura», pasándonos el problema, invitándonos a que seamos nosotros mismos los que pongamos contenido al concepto, pues en el fondo para cada cual la aventura es la aventura.

La aventura, como todos los acontecimientos corporales, sin embargo se encarna en una disposición de los cuerpos, de las cosas materiales. Así que o bien se narra una

aventura particular o bien se traslada a la única manera, como decían los estoicos, en la que se puede hablar de estos acontecimientos, a algo impersonal que solo puede expresarse a través de infinitivos. Por lo tanto, la comprensión natural de la aventura es su relato y no es extraño, pues, que a lo largo de la historia de la humanidad, desde la *Odisea* a las hazañas alpinísticas, se hayan producido tantas narraciones que cuentan las tribulaciones de los más variados y diversos héroes; mientras que la comprensión teórica de la aventura solo se produce en el desplazamiento a la acción que encarna y ejemplifica el acontecimiento aventurero.

Este volumen es prueba de ello. La aventura es *leer* para Fernando Savater, *surcar* los mares desconocidos, que fue el tema literario de Conrad, como lo es para Javier Cacho *recorrer* los hielos polares, la aventura del *conocer* que nos cuenta Juan Pimentel o la aventura de la *acumulación, de la conquista, de la posesión* que nos deja ver Rafael Argullol o que nos describe Isabel Soler, mientras que para Javier Reverte la aventura está en *percibir*. Naturalmente encontramos los especialistas en las novelas de aventuras, Sylvain Venayre, que se adentra en la historia del género. Solo aquellos que tienen un talante más reflexivo, filosófico, (Jankélévitch, Simmel) o antropológico (Le Breton) se atreven a una investigación semántica del concepto. Y en mi caso, el desplazamiento que puedo hacer es situar la aventura en la acción del pensar, hacer del pensar aventura o aventurarse a pensar. «*Sapere aude*», que decía Kant, atreverse a pensar. Pero, ¿es realmente atrevido pensar? ¿Hay que ser valientes para disponerse a hacer algo que hacemos todos cada día? ¿Qué tiene de aventurero pensar?

Desde luego, no toda acción encarna una aventura. Podemos leer o navegar o escalar montañas o surcar mares y amar, y, por supuesto, pensar y no aventurarnos. Aventurarse, es decir, arrojarse a los vientos, no pasa todos los días. ¿Qué tiene que pasar para que una acción de los cuerpos devenga en aventura?

Chesterton, con su agudeza habitual, nos ofrece una clave para descubrir la condición de posibilidad de la aventura: aceptar que el mundo puede adquirir sentido, así lo expresa magistralmente en su ensayo *Ortodoxia*:

Recuerdo con *certeza* el hecho psicológico de que justo cuando más dependía yo de la autoridad de las mujeres era cuando más ardiente y aventurero me sentía. Y era así porque las hormigas mordían tal como me había advertido mi madre y porque nevaba en invierno (como ella había predicho); el mundo era un país encantado y lleno de prodigios, y era como vivir en una época hebraica, cuando todas las profecías se cumplían. Salía de niño al jardín y me parecía un lugar terrible porque tenía una clave para desentrañarlo: de lo contrario, no habría sido terrible sino aburrido. Un desierto sin sentido no es ni siquiera impresionante. En cambio, el jardín de mi infancia era fascinante, porque todo tenía un significado que podía llegar a averiguar. Centímetro a centímetro podía averiguar cuál era el objeto de esa extraña herramienta llamada rastrillo; o hacer vagas conjeturas respecto a por qué mis padres tenían un gato en casa.¹

Si aceptamos las palabras de Chesterton, la aventura, donde quiera que se actualice, quienquiera que la efectúe, es siempre encontrar un sentido a esa particular disposición del estado de cosas de donde emerge el acontecimiento. Dicho de otra manera, la aventura es encontrar un sentido a lo que pasa. Ese es el acontecimiento. Pero, bien sabe Chesterton que solo puede acontecer una aventura frente a un orden simbólico dado, o al menos ante su posibilidad. Posibilidad que viene dada cuando hay una autoridad que establece o conoce dicho orden:

Y esa desesperanza consiste en que la filosofía moderna no cree realmente que el universo tenga ningún sentido, por ello no tiene

1 G.K. Chesterton, *Orthodoxy*, The Royal Literary Fund, 1908. Cito por la traducción de Miguel Temprano García, *Ortodoxia*, Acanalado, Barcelona, 2013, p. 204.

esperanza de que en él exista la aventura, pues carecería de argumento. Nadie puede contar con vivir aventuras en el país de la anarquía, pero sí toda suerte de ellas si se interna en el país de la autoridad. No se pueden encontrar significados en la jungla del escepticismo, pero quien pasee por el bosque de la doctrina los verá por todas partes. En él todo tiene un relato atado a la cola, como las herramientas o los cuadros en la casa de mi padre, porque es la casa de mi padre. Terminó donde empecé: en el lugar adecuado. Al menos he atravesado el umbral de la buena filosofía. He entrado en la segunda infancia.²

Naturalmente, Chesterton viene a defender su fe apelando a un orden último que un creador divino e inteligente impone en el mundo, pero no le falta razón cuando detecta la desesperanza del pensamiento moderno que impide la aventura en «la jungla del escepticismo». La condición de posibilidad de la aventura, entonces según Chesterton, es descubrir el sentido que alguna autoridad ha impuesto en el mundo.

Pero, todos sabemos y la historia corrobora, que si hay ortodoxia también hay heterodoxia, y si la aventura es posible en la ortodoxia, igualmente podrá serlo en la heterodoxia. También será aventurarse cuando el propósito sea destituir a la autoridad establecida para que un nuevo sentido surja. ¿No es esta la idea kantiana de la osadía del pensar? ¿No fue este el lema de la Ilustración? ¿No es este, en el fondo, el eje que hace que la filosofía tenga una historia?

Descuidadamente hemos dicho anteriormente que el aventurero es un héroe. En toda mitología un héroe es alguien a quien su nobleza, su virtud, su *areté* decían los griegos, le obliga a enfrentarse a un destino que le supera, la autoridad. Sabe que su empresa no tendrá un final feliz, porque un simple hombre, aunque sea un semidios, no podrá con el *fatum* inmisericorde que los hados poderosos han ordenado. Sin embargo emprende la lucha. Héctor emprende

2 Ibid. p. 207.

la lucha ante el inexorable Aquiles, sabedor de su derrota, pero la emprende en condición de héroe, por su nombre, por su pueblo, por no defraudar a su pueblo, y alcanzará la gloria. Aquiles, del mismo modo, en una guerra que ni le va ni le viene, decide participar cuando le profetizan que se hará inmortal en la memoria de los hombres. Por la gloria pone en peligro su vida y la de los aguerridos aqueos. La guerra de Troya nos muestra que el orden puede invertirse, que el más débil puede derrotar al más fuerte, aunque la justicia del destino devolverá las cosas a su sitio, al menos un tiempo. La soberbia del héroe trágico, su *hybris*, que le hace enfrentarse a la autoridad incluso con su vida, abre una grieta en esa autoridad, porque es noble su lucha, porque hay algo justo en su reivindicación, porque hace que un nuevo sentido aflore como un brote tierno ante el bosque firme de la norma. Antígona desafía la ley de Creonte, apelando a un principio mayor, y decide enterrar a su hermano Polínices. Antígona ha de morir, pero lo hará como heroína, pues hay algo justo, algo digno en su rebelión y esa rebelión, que provocará una cadena de muertes, resonará, tal vez, a lo largo de los tiempos y hará cambiar el orden y el sentido hacia una autoridad más benévola o más justa o más ajustada a los deseos humanos (¿no debe ser eso la justicia?).

¿Qué tiene de héroe un filósofo? ¿No fue el primer filósofo un héroe que murió en defensa de sus principios? Sócrates fue condenado a muerte por sus conciudadanos, y es que, como él mismo se calificaba, era un tábano³ que cuestionaba la autoridad que había impuesto un orden, aunque fuera una autoridad democrática.

Nietzsche puede ayudarnos en la descripción heroica del filósofo:

Hay vidas cuyas dificultades rozan el prodigio; son las vidas de los pensadores. Y hay que prestar atención a lo que nos cuentan a ese respecto, porque se descubren posibilidades de vida cuyo único

3 Cfr. Platón, *Apología de Sócrates*, 30e

Para una antropología de la aventura

DAVID LE BRETON

«El horizonte estaba barrido por un banco de
nubes negras y esta agua, que, como un camino
tranquilo,
conduce a los confines de la tierra, fluía,
sombría, bajo un cielo cargado.
Parecía manar desde el corazón mismo de las
tinieblas infinitas».

El corazón de las tinieblas. JOSEPH CONRAD

«Me acuerdo de él como si fuera ayer; le veo
aún avanzar con pasos pesados hacia la puerta,
seguido de un hombre que llevaba el cofre de
marino en una carretilla».

La isla del tesoro. ROBERT LOUIS STEVENSON

LA AVENTURA DE VIVIR

La vida más tranquila nunca está al abrigo de lo inesperado que toma la forma del encuentro, de la enfermedad, del accidente o del aburrimiento; ni del deseo delicado que nace de una imagen tomada al hilo de un relato o de una discu-

sión, o de la exquisita tiranía de la ocasión que nos desgarran sin dejar a la reflexión el tiempo necesario de reconsiderar su decisión. No consigue permanecer indiferente a los ejércitos que invaden el territorio o a la llegada de extranjeros que plantean inesperadamente la cuestión de qué hay más allá de la costa o del horizonte. La existencia humana no está cincelada en la calma evidente de su culminación como un hilo tenso que evita las dificultades del terreno; es más bien las sinuosidades del camino, la ambivalencia de las decisiones. Avanza por caminos que nada hacía presagiar. Lo imprevisto se impone sobre lo probable, según las circunstancias, o sobre la particular voluntad de un hombre decidido a responder a su propuesta, o a crear los caminos desde el principio si aquellos se hacen esperar demasiado.

Puesto que la existencia no está prevista de antemano en su desarrollo, el gusto de vivir, como la sal, le acompaña y le recuerda al hombre el sabor de toda cosa. La respuesta a la precariedad relativa de la existencia consiste justamente en el apego a un mundo en el que el disfrute es mesurado. Solo se aprecia aquello que puede ser perdido y la vida de un hombre nunca está garantizada de una vez como una totalidad cerrada y segura en sí misma. Esta es la razón por la que la aventura es partícipe plena de los sueños y las realidades de las sociedades humanas. «En el desierto informe —escribe Vladimir Jankélévitch—, en la eternidad abotargada del tedio, la aventura circunscribe oasis encantados y sus jardines cerrados, pero también contrapone el principio del instante a la duración total de lo serio»²⁷. En ella el sentimiento de existir alcanza su culminación. «Mi jornada está ya completa —escribe Rimbaud—, abandono Europa, la brisa marina quemará mis pulmones; me broncearán los climas perdidos. Nadar, hollar la hierba, cazar, fumar, sobre todo; beber licores fuertes como metal ardiente, como ha-

27 V. Jankélévitch, *La aventura, el aburrimiento, lo serio*, Taurus, 1989, p. 9. (Ver en este volumen «La aventura»).

cen los queridos ancestros alrededor del fuego. Regresaré con miembros de hierro, la piel oscura y el oído furioso: por mi máscara se me juzgará como de una raza fuerte. Tendré oro. Seré ocioso y brutal».

Por su etimología, «aventura» remite a «evento» (del latín *adventura*); es decir, lo que rompe la calma pauta da de los días y provoca el asombro, la sorpresa, lo memorable. «Lo exterior a la trama global de la vida» —según Georg Simmel—, lo que está, sin embargo, orgánicamente conectado, y marca el momento agudo de esta necesidad interior que impregna la historia personal. Una serie de acontecimientos superan al individuo que ignora el resultado, pero se juega la vida o al menos el significado de su existencia. El desarrollo de los hechos es incierto. La decisión no está fuera de su iniciativa, pero no depende enteramente de ella. La aventura implica una lucha contra la adversidad, veng a de los hombres o de los elementos. Proyecta al individuo hacia otra dimensión de la existencia, lejos de sus referencias más familiares y de cualquier forma de rutina personal. Induce una intensidad inconmensurable en la vida cotidiana.

Definida así, la aventura pertenece a cualquier época, y encuentra sin duda en Ulises un antepasado tutelar. Se instala durante largo tiempo como una figura de excepción en el imaginario colectivo, a menos que no haga soñar y no cree un Don Quijote cuya mirada se maravilla ante las cosas y sabe multiplicar los lances heroicos. La aventura se opone a la condición banal del hombre para quien la sucesión de los días no sufre ninguna perturbación. Es un paréntesis que arranca al hombre de su seguridad y sus costumbres habituales para sumergirle en unas peripecias para las que no está preparado. Se hace duradera cuando se convierte en estilo de vida, en la elección sin tregua del peligro, en una suerte de permanencia de la relación con el mundo.

Se declina fuera de la rutina y de los caminos trillados. Toma prestada la forma de lo clandestino, lo marginal, lo

nocturno, lo imprevisible y a menudo peligroso. La exaltación que suscita proviene de ese deslizarse por el filo de la navaja a cada instante que aporta al aventurero una conciencia aguda de la existencia. Más que evento, la aventura es el advenimiento en la medida en la que su duración privilegiada alumbra a un hombre transfigurado por las circunstancias, ajeno a la modestia. La aventura es aquello «que sucede», no un yacimiento que se encuentra y que sirve para alcanzar algún lugar y explorarlo bajo una forma paradójica de tenacidad o de esfuerzo; se produce con inquietud. Un poco como la gracia para el luterano, no basta con desearla; buscarla contra viento y marea para conseguirla, ni rechazarla o eludirla para ser salvado. «A nadie se le ha presentado nunca una aventura para invocarla— escribe Joseph Conrad—. El que deliberadamente emprende la búsqueda de la aventura no sale sino a recoger cáscaras vacías, a menos, en efecto, que sea un elegido de los dioses y grande entre los héroes, como aquel excelentísimo caballero Don Quijote de la Mancha. Nosotros, comunes mortales con un alma mediocre que no desea sino tomar a malvados gigantes por honrados molinos de viento, recibimos las aventuras como a ángeles visitantes. Pillan desprevenida a nuestra complacencia. Como suele ocurrir con los huéspedes inesperados, llegan con frecuencia en momentos inoportunos. Y nos alegramos de dejarlas pasar sin reconocerlas, sin el menor agradecimiento por tal alto favor»²⁸. La aventura no está disponible, elude a quien la desea apasionadamente sin salir de casa; acontece de pronto, intempestivamente, y su resplandor llega cuando el hombre, finalmente, tiene tiempo de encontrarse con ella, la cuenta o escribe sus peripecias.

Es sentimiento, relato, espejo en el que la sociedad celebra a sus insignes miembros que procuran un ejemplo de

28 J. Conrad; *El espejo del mar. Recuerdos e impresiones*. Reino de Redonda, 2015, p. 255-256.

coraje y firmeza. Raros, por tanto, aquellos que quieren seguir sus pasos, pues la aventura implica el malestar, la transgresión, la vida peligrosa.

HISTORIA

La aventura dibuja figuras que se modelan a merced de las sinuosidades de la historia según las aspiraciones propias de las diversas sociedades. Depende, en realidad, de las visiones del mundo, de valores fundacionales, de las relaciones con las comunidades vecinas, del medio físico en el que se establecen los hombres. Reposa, igualmente, sobre el estatus de la persona en el seno de las sociedades, porque a nuestros ojos occidentales, la aventura es en primer lugar el drama de un individuo envuelto en una sucesión febril de episodios que le imponen jugarse su libertad en un horizonte donde asoma la muerte.

Durante largo tiempo, con algunas excepciones que favorecen la emergencia del individuo (Ulises por ejemplo²⁹) en ciertas sociedades, la aventura fue colectiva, como es el caso de los Vikingos, o de los Tártaros, de los Árabes, de los Cruzados... Los incitaba colectivamente a conquistas y exploraciones en las que no se destacaban individuos, como no fuese el soberano o el líder guerrero³⁰. Es el eco del estruendo de los combates en la seducción de una palabra en vigilias de armas y campañas militares. Pero sigue siendo una narración oral sin tener aún la perennidad de lo escrito.


A comienzos del siglo XII, monjes franciscanos parten hacia Egipto, y después hacia Siria y Persia. Las cruza-

29 O de filósofos que extraen en Asia las fuentes de un nuevo saber, como Tales de Mileto, Pitágoras, Heráclito... Un viajero como Herodoto que camina de ciudad en ciudad por las colonias griegas... Miles de otros, anónimos, que no escribieron sobre sus deambulaciones o no encontraron auditorios susceptibles de hacerse eco a lo largo de los siglos.

30 L. Febvre, «L'homme et l'aventure» en *Histoire universelle des explorations*, Paris, Librairie de France, 1960, p.11.

das atraen a los hombres hacia los Lugares Santos y les enfrentan a condiciones de existencia inéditas, les conducen al combate contra los mahometanos. Se encuentran con hombres de los que no se sabe nada sobre su estilo de vida, una geografía que los atrapa. Al mismo tiempo, se van resquebrajando las viejas estructuras sociales de la Baja Edad Media. El comercio no deja de crecer avivado por los movimientos de población hacia los burgos. Los comerciantes se mueven por toda Europa. Las peregrinaciones, como la de Santiago de Compostela, atraen a los fieles y proliferan las hospederías y albergues en el recorrido. Todo viaje, por tanto, se convierte en una aventura porque plantea la posibilidad de malos encuentros, algo corriente en los caminos no protegidos de aquel tiempo, en los que las epidemias que devastan la región pueden afectar al vagabundo imprudente.

Más perturbadora aún es la valentía de los viajeros que osan caminar hacia Asia y avanzan sobre territorios casi nada conocidos, atravesados solamente y delimitados por las caravanas, los puntos de agua, las ciudades y aldeas. Más allá del Volga, se sumergen en un mundo desconocido por sus contemporáneos. Deben cargar con la extrañeza de su aspecto, sus ropas, su equipaje, su lengua, temer por sus bienes y, sobre todo, por sus vidas al menor encuentro, en un tiempo en el que la buena voluntad del Otro es la única garantía contra la rapiña o la muerte. Otro peligro es la persecución religiosa. Los desiertos, la inmensidad de los territorios, los climas cambiantes, les hacen vulnerables: hay que atravesar mares poco conocidos a merced de tempestades o naufragios en una época en la que las naves son poco manejables. El calor del verano y el rigor del invierno, o simplemente el calor diurno o el frío de la noche, maltratan ahora a los viajeros que se alimentan de aquello que encuentran en su camino, a veces de casi nada: un lobo, un zorro, un perro abatido; otros días se impone el ayuno y, a menudo, por única bebida se conforman, no sin disgusto,



9 788415 958468

ISBN: 978-84-15958-55-0

IBIC: HP; WTL

¿Qué es la aventura? Es el salto hacia la plenitud: la aventura es el tiempo lleno. El afán y el encanto de la aventura provienen de la convicción, quizá supersticiosa, de que no estamos hechos para ver pasar el tiempo, para ver cómo nuestra energía se desangra y gotea en el vacío —calculable, incalculable— del tiempo.

FERNANDO SAVATER

Cuando se aviva el brillo de la mirada es que hemos pronunciado la palabra aventura y con ella nos llega la posibilidad de cambio y novedad. Otras veces la aventura asoma sin permiso y nos desafía movilizando la capacidad heroica que hay en nosotros. La aventura, antes que épica, es justo una idea que configura la acción y le otorga un sentido. Podemos pensarla desde la filosofía, la historia de las ideas, o la antropología cultural; desde la geografía o la historia de nuestra cultura en sus edades doradas, la de la aventura transoceánica renacentista o la ilustrada; desde la literatura de aventuras, o la crónica de los grandes viajeros y exploradores, pero, también, desde el género, pues no ha tenido la misma significación para unos y otras. A su gozosa celebración van destinadas estas páginas.

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones